

Se refa para enseñar su hermosa dentadura, se mudaba con exceso los calcetines y se hacía rizar el pelo todos los días. Vimeux, en virtud de principios deliberados, se casaba con una jorobada por seis mil francos, con una mujer de cuarenta y cinco años con ocho mil, y con una inglesa con mil escudos. Maravillado por su letra y compadecido de este joven, Phellion le sermoneaba para persuadirle de que diera lecciones de caligrafía, honrosa profesión que podía mejorar su existencia y hacerla hasta agradable, llegando á prometerle el colegio de las señoritas La Grave; pero Vimeux estaba tan aferrado á su idea, que nadie hubiera impedido hacerle creer en su estrella. Continuaba, pues, acariciando su esperanza, á pesar de que exponía hacia ya tres años su enorme bigote. Empeñado en treinta francos á causa de sus almuerzos, cada vez que Vimeux pasaba por delante de Antonio bajaba los ojos para no encontrarse con su mirada, y, sin embargo, á eso del mediodía le rogaba que fuese á buscarle un panecillo. Después de haber intentado hacer entrar algunas ideas justas en aquella cabeza, Rabourdin acabó por renunciar á ello. El señor Vimeux padre, era escribano de un juzgado de paz en el departamento del Norte. Adolfo Vimeux había economizado últimamente las comidas de Katcomb y había vivido de panecillos para poder comprarse unas espuelas y un látigo. Habían llegado á llamarle el pichon-Villaume para burlarse de sus cálculos matrimoniales. Estas burlas dirigidas al Amadis sólo podían atribuirse al genio que creó el *vaudeville*, pues era buen compañero y no perjudicaba á nadie más que á sí mismo. La gran broma de las oficinas con respecto á él, consistía en apostar a que llevaba corsé. Colocado primero en las oficinas de Baudoyer, Vimeux había trabajado para pasar á las de Rabourdin, á causa de la severidad de Baudoyer con respecto á los *ingleses*, nombre dado por los empleados á sus acreedores. El día de los *ingleses* es el día que las oficinas son públicas. Seguros de encontrar allí á sus deudores, los acreedores afluyen y van á atormentarles preguntándoles cuándo les pagarán y amenazándoles con embargarles la paga. El implacable Baudoyer obligaba á sus empleados á quedarse. «Cuenta de ellos era el no adquirir deudas». Y consideraba casi su severidad como una cosa necesaria para el bien público. Rabourdin, por el contrario, protegía á sus empleados contra los acreedores,

á quienes echaba á la calle diciéndoles que las oficinas no estaban abiertas para los negocios privados, sino para los asuntos públicos. Se habían burlado mucho de Vimeux en las dos oficinas, una vez que él se decidió á ponerse las espuelas haciéndolas sonar por las escaleras y los corredores del ministerio. El burlón del ministerio, Bixiou, había hecho correr por las dos divisiones Clergeot y la Billardiére una hoja de papel en la cual iba pintada la caricatura de Vimeux montado en un caballo de cartón, con una invitación á que se subscribiesen para comprarle un caballo. El señor Baudoyer estaba subscripto por un quintal de heno tomado de su consumo particular, y cada empleado soltó un epigrama acerca de su vecino. Vimeux, dando pruebas de ser un buen muchacho, la suscribió él mismo en nombre de miss Farfán.

Los empleados guapos como Vimeux tienen su destino para vivir y su físico para hacer fortuna. Fieles á los bailes de máscaras en tiempo de carnaval, acuden á ellos en busca de aventuras felices, que tampoco logran algunas veces. Muchos acaban por casarse ya con modistas á quienes aceptan desesperanzados de lograr su sueño, ya con viejas, ó ya con jóvenes á las que su físico ha agradado y con las que han creado una novela esmaltada de cartas estúpidas, pero que han producido su efecto. Estos empleados son á veces atrevidos, ven pasar en coche á una mujer en los Campos Eliseos, averiguan su dirección, le dirigen epístolas apasionadas y encuentran una ocasión que, desgraciadamente, les alienta para esta innoble especulación.

Este Bixiou era un dibujante que lo mismo se burlaba de Dutocq que de Rabourdin, apodado por él la virtuosa Rabourdin. Para expresar la vulgaridad de su jefe, le llamaba el destino Baudoyer y el *vaudevillista* Flon-Flon. El hombre más ocurrente de las oficinas indudablemente, pero ocurrente á la manera del mono, sin alcance ni consecuencias, Bixiou era de tan gran utilidad á Baudoyer y á Godard, que éstos le protegían á pesar de su maldad. Bixiou deseaba la plaza de Godard ó de Bruel; pero su conducta retardaba su ascenso. Ya se burlaba de las oficinas cuando acababa de hacer un buen negocio, como la publicación de los retratos en el proceso Fualdés, para los cuales tomó figuras al azar, ó las de los debates del proceso de Castaing; ya movido por un deseo de medrar se aplicaba al trabajo, dejándolo después por una

pieza de teatro que no se acababa nunca. Por otra parte, egoísta, avaro y gastador al mismo tiempo, pero gastador para sí únicamente, era agresivo é indiscreto. hacia el mal por el mal, atacaba sobre todo á los débiles, no respetaba nada, no creía en Francia, ni en Dios, ni en el arte, ni en los griegos, ni en los turcos, ni en el Campo de Asilo, ni en la monarquía, é insultaba sobre todo al que no entendía. Él fué el primero que puso solideos negros en la cabeza de Carlos X en las monedas de cinco francos. Imitaba al doctor Gall, hasta el punto de hacer desternillar de risa al más serio. La broma principal de este terrible inventor de caricaturas consistía en caldear con exceso las estufas á fin de que cogiesen constipados los que salían sin precauciones, lo cual le procuraba además la satisfacción de consumir la leña del gobierno. Notable en sus bromas, las variaba con tanta habilidad, que siempre hacía caer á alguno. Su gran secreto en este género consistía en adivinar los secretos de cada uno; conocía el camino de todos los castillos en el aire y el sueño en que el hombre es susceptible de ser burlado por la circunstancia de ver con la burla satisfecho algún deseo. Este profundo observador que desplegaba un tacto inaudito para una burla, no sabía en cambio usar de su poder para emplear á los hombres en su fortuna ó en su ascenso. A quien le gustaba más molestar era al joven la Billardiére, su pesadilla, al que, no obstante esto, halagaba constantemente á fin de engañarle mejor; le dirigía cartas de mujer enamorada firmadas, *condesa de M...* ó *marquesa de B...*, y lo llevaba algunos días á la Opera para echarlo en brazos de alguna modistilla, después de haberlo enseñado á todo el mundo. Aliado de Dutocq (á quien consideraba como un burlón serio) en su odio contra Rabourdin y en sus elogios de Baudoyer, se apoyaban mutuamente con amor. Juan Jacobo Bixiou era nieto de un tendero de París. Su padre, que había muerto coronel, lo había dejado á cargo de su abuela, la cual se había casado en segundas nupcias con su primer dependiente llamado Descoings, muriendo en 1826. Hallándose sin profesión al salir del colegio, intentó dedicarse á la pintura, y, á pesar de la amistad que le unía con José Bridau, su amigo de la infancia, había renunciado á ello para dedicarse á la caricatura, á las viñetas, á los dibujos de libros, conocidos veinte años más tarde con el nombre de ilustraciones. La protección de los duques de Maufrigneuse y de Rhétoré, á quienes conoció

por medio de unas bailarinas, le procuró su destino en 1819. En muy buenas relaciones con Lupeaulx, á quien trataba de igual á igual, y con Bruel, á quien tuteaba, ofrecía la prueba palpable de las observaciones de Rabourdin relativas á la destrucción constante de la jerarquía administrativa en París mediante el valor personal que un hombre adquiere fuera de las oficinas. De pequeña estatura, tipo fino, notable por una vaga semejanza con el de Napoleón, labios delgados, barba aplanada, patillas castañas, veintisiete años, rubio, voz chillona, mirada brillante, he aquí á Bixiou. Este hombre, que era todo sentidos y todo espíritu, se perdía por su furor por los placeres de todo género, que le llevaban á una disipación continua. Intrépido conquistador de modistillas, fumador, chocarrero, comedor y *cenador*, se ponía en todas partes al unísono brillando lo mismo en los teatros que en el baile de modistillas y asombrando tanto en una mesa como en una gira de placer. Charlatán á las doce de la noche en la calle ó por la mañana al salir del lecho, si hallaba compañía, aparecía sombrío y triste cuando iba solo, como la mayor parte de los grandes cómicos. Lanzado al mundo de las actrices y de los actores, de los escritores, de los artistas y de ciertas mujeres cuya fortuna es aleatoria, vivía bien, iba al teatro sin pagar, jugaba en Frascati y ganaba con frecuencia. En fin, este artista verdaderamente profundo, pero á intervalos, se balanceaba en la vida como en un balancín sin inquietarse por el momento en que la cuerda se rompiese. Su vivacidad de ingenio y su prodigalidad de ideas contribuían á que fuese solicitado constantemente por las gentes acostumbradas á los destellos de la inteligencia; pero ninguno de sus amigos le quería. Incapaz de retener una buena salida, inmolaba á sus dos compañeros de mesa antes de acabar el primer servicio. A pesar de su alegría superficial, denotaba en sus palabras un secreto disgusto de su posición social, pues aspiraba á algo mejor, y el fatal demonio escondido en su alma le impedía adoptar la seriedad que tanto impone á los necios. Vivía en la calle de Ponthieu, en un segundo piso donde había tres cuartos entregados á todo el desorden del hogar de un soltero. Hablaba á veces de abandonar la Francia y de ir á buscar fortuna á la América. Ninguna maga podía adivinar el porvenir de un joven cuyos talentos eran todos incompletos, que era incapaz de todo trabajo asiduo, que estaba siempre ebrio de placer y que creía que el mundo acababa

siempre al día siguiente. En indumentaria tenía la pretensión de no ser ridículo, y tal vez era el único de todo el ministerio cuyo porte hacía decir: «ese es un empleado». Llevaba botas elegantes, pantalón negro, chaleco de fantasía, bonita levita azul, sombrero de Bandoni y guantes de cabritilla, de color obscuro. Su andar elegante y sencillo á la vez no carecía de gracia. Cuando fué llamado por Lupeaulx á causa de una impertinencia un poco amarga dicha acerca del barón de la Billardiére y aquél le amenazó con la destitución, se contentó con responderle: «Me volverían ustedes á tomar, aunque no fuera más que por el traje». Lupeaulx no pudo menos de reírse. La broma más bonita hecha por Bixiou en las oficinas fué la inventada para Godard, al que ofreció una mariposa traída de la China, mariposa que el subjefe guarda en su colección y enseña aún hoy, sin haberse dado cuenta de que es de papel. Bixiou tuvo la paciencia de hacer una obra maestra para engañar á su subjefe.

El diablo coloca todos los días una víctima al lado de Bixiou. Las oficinas Baudoyer tenían, pues, su víctima, que era un pobre escribiente de veintidós años con mil quinientos francos de sueldo, llamado Augusto Juan Francisco Minard. Minard se había casado por amor con una florista hija de un portero que trabajaba en su casa para la señorita Godard y á quien Minard había visto en la calle de Richelieu en la tienda. Siendo soltera, Celia Lorain había tenido muchos caprichos para salir de su estado. Discípula primero del conservatorio y bailarina, cantante y actriz sucesivamente, había pensado en hacer como hacen muchas obreras; pero el miedo á perderse y á caer en una espantosa miseria le había preservado del vicio. Flotaba entre mil partidos, cuando se le presentó Minard con una proposición de casamiento en la mano. Celia ganaba quinientos francos al año y Minard tenía mil quinientos. Creyendo poder vivir con dos mil francos, Minard se casó sin contrato con la mayor economía. Minard y Celia habían ido á vivir á la barrera de Courcelles como dos tortolillos, en una habitación de cien escudos de alquiler en el tercer piso, con cortinas blancas de algodón en las ventanas, paredes empapeladas con papel escocés barato, pavimento limpio, muebles de nogal y cocina muy limpia; había primero una pieza donde Celia hacía las flores y después un salón amueblado con sillas de paja, una mesa redonda en el centro, un espejo, un reloj representando una fuente y lám-

paras doradas envueltas en gasa; finalmente, un dormitorio blanco y azul con cama, cómoda y secreter de caoba, alfombras al pie del lecho, seis sofás y cuatro sillas: en un rincón la cuna de cerezo, donde dormían un niño y una niña. Celia criaba ella misma á sus hijos, cocinaba y arreglaba la casa y hacía flores. Había algo de conmovedor en aquella feliz y laboriosa mediocridad. Al sentirse amada por Minard, Celia le amó sinceramente. El amor atrae el amor, que es el *abyssus abyssum* de la Biblia. Aquel pobre muchacho dejaba la cama por la mañana mientras que su mujer dormía, é iba á hacer la compra. Llevaba las flores terminadas cuando iba á la oficina y al volver compraba las primeras materias; después, mientras esperaba la comida, pegaba ó cortaba las hojas, guarnecía los tallos y desleía los colores. Pequeño, delgado, finito, nervioso, con cabellos rojos, ojos amarillo-claros, tez de deslumbradora blancura, pero plagado de pecas, tenía un valor sordo y sin apariencias, y poseía la ciencia de la caligrafía en el mismo grado que Vimeux. En la oficina se mantenía quieto, hacía su trabajo y guardaba la actitud de un hombre sombrío y soñador. Sus pestañas blancas y sus pocas cejas habían hecho que Bixiou le apodase con el nombre del *conejo blanco*. Minard, aquel Rabourdin de esfera inferior, dominado por el deseo de poner á su Celia en situación feliz, buscaba en el océano de las necesidades del lujo y de la industria parisiense una idea, un descubrimiento, un perfeccionamiento que le procurase una rápida fortuna. Su aparente estupidez era producida por la tensión continua de su espíritu; iba de la *Doble pasta de las sultanas* al *Aceite cefálico*, de los eslabones fosfóricos al gas portátil, de los zócalos articulados á las lámparas hidrostáticas, abrazando así *infinitamente pequeño* de la civilización material. Soportaba las bromas de Bixiou como soporta un hombre atareado los zumbidos de un insecto sin impacientarse siquiera. A pesar de su talento, Bixiou no adivinaba el profundo desprecio que Minard sentía por él. Minard se preocupaba poco por una disputa en la que no veía más que una pérdida de tiempo; así es que había acabado por cansar á su perseguidor. Iba á la oficina vestido muy sencillamente: conservaba el pantalón de cutí hasta Octubre, llevaba zapatos y polainas, chaleco de piel de cabra y casaca de castorina en invierno y de merino en verano, con sombrero de paja ó de seda de once francos, según las estaciones; pues su gloria era su Celia, y era capaz

de pasarse sin comer por comprarle un vestido. Almorzaba con su mujer y no comía nada en la oficina. Una vez al mes llevaba á Celia al teatro con una entrada que le daba Bruel ó Bixiou, pues Bixiou hacía de todo, hasta el bien. La madre de Celia dejaba entonces su portería é iba á cuidar los niños. Minard había reemplazado á Vimeux en la oficina de Baudoyer. Los señores Minard devolvían en persona sus visitas el día de Año nuevo. Al verles, la gente se preguntaba cómo hacía la mujer de un pobre empleado con mil quinientos francos para vestir á su marido con traje negro y llevar ella sombrero de paja de Italia con flores, batas de muselina bordada, abrigos de seda, zapatos de charol, magníficas mantelitas, sombrilla china, é ir en coche y permanecer virtuosa; mientras que la señora Colleville ó tal otra *dama* apenas podían llegar á fin de mes teniendo dos mil cuatrocientos francos.

En cada una de aquellas oficinas había un empleado amigo de otro, hasta el punto de hacer su amistad ridícula, pues en las oficinas la gente se ríe de todo. El de la oficina Baudoyer, llamado Colleville, era allí oficial principal, y, á no ser por la restauración, sería jefe ó subjefe hacía ya mucho tiempo. Tenía en la señora Colleville una mujer tan superior en su género, como lo era la señora Roubourdin en el suyo. Colleville, hijo de un primer violín de la Opera, se había enamorado de la hija de una célebre bailarina. Flavia Minorret, una de esas hábiles y encantadoras parisienses que saben hacer felices á sus maridos sin perder por eso su libertad, había convertido la casa de su marido en el punto de reunión de los mejores artistas y de los oradores de la cámara. En su casa apenas se sabía el humilde destino desempeñado por Colleville. La conducta de Flavia, mujer un tanto sobrada fecunda, daba tanto pasto á la maledicencia, que la señora Roubourdin no había querido aceptar ninguna de sus invitaciones. El amigo de Colleville, llamado Thuiller, ocupaba en la oficina Roubourdin un destino enteramente igual al de Colleville y se había visto postergado en su carrera administrativa por los mismos motivos que éste. Quien conocía á Colleville conocía á Thuiller y viceversa. Su amistad, nacida en la oficina, provenía de la coincidencia de sus comienzos en la carrera administrativa. Según se decía en las oficinas, la bonita señora de Colleville había aceptado los cuidados de Thuiller, á quien su mujer dejaba sin sucesión.

Thuiller, llamado el guapo Thuiller, hacía una vida tan ociosa como laboriosa era la de Colleville. Colleville, primer clarinete de la Opera y tenedor de libros por la mañana, trabajaba como un negro para educar á su familia, á pesar de que no le faltaban protecciones. Se le consideraba hombre astuto, tanto más cuanto que ocultaba su ambición bajo una especie de indiferencia. Contento aparentemente con su suerte y amante del trabajo, encontraba á todo el mundo, hasta á sus jefes, dispuestos á proteger su valerosa existencia. Hacia algunos días solamente que la señora de Colleville había reformado la marcha de su casa y parecía inclinarse á la devoción, de suerte que se susurraba en las oficinas que la buena mujer pensaba buscar en la congregación un punto de apoyo más seguro que el famoso orador Francisco Keller, uno de sus más constantes adoradores, cuya influencia no había bastado hasta entonces para lograrle un ascenso á Colleville. Flavia se había dirigido, y este fué uno de sus errores, á Lupeaulx. Colleville tenía la manía de buscar el horóscopo de los hombres célebres en el anagrama de sus nombres, y pasaba meses enteros descomponiendo nombres y componiéndolos á fin de hallar el sentido. *Un corse la finira* hallado en *revolution française*. *Vierge de son mari* en *Marie de Vignerot*, sobrina del cardenal Richelieu. *Henrici mei casta dea* en *Chatarina de Medicis*. *Eh c'est large nez* en *Charles Genest*, el abate de la corte de Luis XIV, tan conocido por su enorme nariz que divertía al duque de Borgoña; en fin, todos los anagramas conocidos habían maravillado á Colleville. Erigiendo el anagrama en ciencia, Colleville auguraba que la suerte de todo hombre estaba escrita en la frase que resultaba de su nombre, apellidos y cualidades. Desde el advenimiento de Carlos X, se ocupaba del anagrama del rey. Thuiller, que soltaba á veces algunos *calembours*, decía que el anagrama era un *calembour* en letras. Colleville, hombre lleno de corazón, unido casi indisolublemente á Thuiller, modelo del egoísta, resultaba un problema insoluble, problema que muchos empleados de la división se explicaban con estas palabras: «Thuiller es rico y la familia Colleville es numerosa». En efecto, Thuiller tenía fama de unir á los emolumentos de su destino los beneficios de su descuento; iban frecuentemente á buscarlo para hablar á negociantes con los cuales tenía conferencias de algunos minutos en el patio, pero por cuenta de la señorita Thuiller, su hermana.

Esta amistad consolidada por el tiempo, estaba basada en sentimientos y en hechos bastanté naturales que se relatarán en otra parte (véase los *Pequeños burgueses*) y que formarían aquí lo que los críticos llaman interrupciones. Tal vez no es inútil advertir, sin embargo, aquí, que si se conocía mucho á la señora Colleville en las oficinas, se ignoraba casi la existencia de la señora Thuiller. Colleville, el hombre activo y cargado de hijos, estaba gordo, contento; mientras que Thuiller, el *guapo del Imperio*, sin preocupaciones aparentes, ocioso, de talle esbelto, ofrecía á las miradas un rostro lívido y casi melancólico. «Nosotros no sabemos si nuestras amistades nacen más bien de los contrastes que de las semejanzas», decía Rabourdin hablando de estos dos empleados.

Al contrario de estos dos hermanos siameses, Chazelle y Paulmier eran dos empleados que estaban siempre en guerra; el uno fumaba y el otro tomaba rapé, y ambos disputaban sin cesar acerca de quien practicaba el mejor modo de absorber el tabaco. Un defecto que les era común y contribuía á hacerles cargantes, tanto al uno como al otro, consistía en discutir con motivo de los valores mobiliarios, de los guisantes, de las ropas, del paraguas, sombreros, bastones y guantes de sus colegas. Alababan á porfía los nuevos descubrimientos sin participar nunca de ellos. Chazelle coleccionaba prospectos de librería y carteles litográficos. Paulmier, el colega de Chazelle en charlatanería, pasaba el tiempo diciendo que si él tuviese tal ó cual fortuna se compraría tal ó cual cosa. Una vez, Paulmier fué á casa del famoso Dauriat para felicitarle por haber llevado el arte á producir libros satinados con tapas impresas, animándole á perseverar en su vida de mejoras, ¡y Paulmier no tenía ni un libro! El hogar de Chazelle, tiranizado por su mujer, aunque él intentase parecer independiente, era causa de eternas bromas para Paulmier; mientras que Paulmier, soltero, ofrecía á Chazelle un manantial profundo con sus trajes raídos y su indigencia oculta. Chazelle y Paulmier tenían panza; la de Chazelle redonda, pequeña y puntiaguda, tenía, según una frase de Bixiou, la impertinencia de ir siempre adelante; la de Paulmier flotaba de derecha á izquierda; Bixiou se las hacía medir aproximadamente una vez cada trimestre. Ambos frisaban entre los treinta y los cuarenta años, y ambos bastante necios para no hacer ningún trabajo fuera de su oficina, ofrecían el tipo de empleado de pura sangre, alelado

con los papelotes y con la habitación de las oficinas. Chazelle se dormía á veces trabajando, y la pluma, que no abandonaba nunca, iba marcando con puntitos sus aspiraciones. Entonces Paulmier atribuía aquel sueño á exigencias conyugales. Respondiendo á esta broma, Chazelle acusaba á Paulmier de que tomaba medicinas cuatro meses de los doce del año y le decía que moriría en brazos de alguna modistilla. Paulmier contestaba entonces que Chazelle indicaba en un almanaque los días en que la señora Chazelle lo encontraba amable. Estos dos empleados, á fuerza de lavarse la ropa sucia apostrofándose con motivo de los más insignificantes detalles de su vida privada, habían logrado obtener la desconsideración que merecían. «¿Me toma usted por Chazelle?» era una frase que servía para dar por terminada toda discusión enojosa.

El señor Poiret joven, para distinguirlo de su hermano, Poiret el mayor, retirado en la casa Vauquer, adonde Poiret joven iba á veces á comer, se proponía acabar allí sus días y llevaba treinta años de servicios. La naturaleza no es tan invariable en sus revoluciones como lo era el pobre hombre en los actos de su vida; ponía siempre sus cosas en el mismo lugar, colocaba su pluma en el mismo sitio, se sentaba en su sitio á la misma hora y se calentaba en la estufa al mismo minuto, pues su sola vanidad consistía en llevar un reloj infalible, aunque tenía que ponerlo todos los días por el del Hotel de la Villa, por donde pasaba á diario para ir á su casa de la calle del Martroi. De seis á ocho de la mañana llevaba los libros de una gran casa de novedades de la calle de San Antonio, y de seis á ocho de la tarde los de la casa Camusot, en la calle de los Bourdonnais. De este modo, con el sueldo de su destino, ganaba mil escudos. Alcanzando al cabo de pocos meses el tiempo necesario para tener retiro, mostraba una gran indiferencia por las intrigas de las oficinas. Semejante á su hermano, para quien el retiro había sido un golpe fatal, sin duda él también adelgazaría mucho cuando no tuviese que ir ya de la calle del Martroi al ministerio á sentarse en su silla y á resolver expedientes. Encargado de hacer la colección del periódico á que estaba abonada la oficina y la del *Monitor*, tenía fanatismo por esta colección. Si algún empleado perdía un número ó se lo llevaba y no volvía á traerlo, Poiret joven se creía autorizado para salir, se trasladaba inmediatamente á la redacción del periódico, recla-

maba el número que faltaba y volvía entusiasmado de la corteja de los periodistas. Siempre tenía que habérselas con algún muchacho fino, siendo para él los periodistas la gente más amable del mundo. Hombre de mediana estatura, Poiret tenía ojos medio apagados, mirada débil y sin color, tez curtida, arrugada, de tonos grises y salpicada de granitos azulados, nariz chata y boca hundida en la que se veían algunos dientes cariados. Por eso Thuiller decía que por mucho que Poiret se mirase al espejo, nunca se vería *dedans (de dents)* (1). Sus brazos delgados y largos terminaban en enormes manos morenas. Sus cabellos grises, pegados por la presión del sombrero, le daban el aspecto de un eclesiástico, semejanza poco halagüeña para él, pues odiaba á los sacerdotes y al clero, sin poder explicar sus ideas religiosas. Esta antipatía no le impedía ser extraordinariamente adicto al gobierno, fuese éste cual fuese. No se abrochaba nunca su vieja casaca verdosa, ni aun cuando el frío era más intenso, y llevaba zapatos de cordones y pantalón negro. Se proveía de todo lo necesario en las mismas casas hacía ya tres años. Cuando murió su sastre, pidió permiso en la oficina para ir á su entierro y le estrechó la mano al hijo en la fosa del padre, asegurándole su clientela. Amigo de todos sus proveedores, se informaba de sus asuntos, de sus negocios, hablaba con ellos, escuchaba sus quejas y les pagaba al contado. Si escribía á alguno de *estos señores* para ordenarles algún cambio en el encargo, empleaba las fórmulas más cortes, fechaba la carta y hacía un borrador de ella, guardándola en una carpeta en la cual había puesto: *Mi correspondencia*. Ninguna vida era más metódica que la suya: Poiret poseía todas las facturas pagadas, todos los recibos, por pequeños que fuesen, y sus libros del gasto anual envueltos en sobres y por años, desde su entrada en el ministerio. Comía en la misma fonda y en la misma silla por abono, y los mozos le guardaban el asiento. Como que en el *Cocon d'Or* no daban más allá de cinco minutos de retraso, á las ocho y media Poiret llegaba al café David, el más célebre del barrio, y permanecía allí hasta las once. Iba allí como á la fonda hacía treinta años, y tomaba té con leche á las diez y media. Escuchaba allí las discusiones políticas con los brazos cruza-

(1) El equívoco que resulta de estas voces podrá ser comprendido por los que conocen el francés.

dos sobre su bastón y la barba apoyada en su mano derecha, sin meterse nunca en ellas para nada. La señora del mostrador, única mujer con quien hablaba á gusto, era la confidente de los pequeños accidentes de su vida, pues se ponía siempre en la mesa situada cerca del mostrador. Jugaba al dominó, único juego que hubiese comprendido. Cuando sus compañeros no iban, se le encontraba á veces con la espalda apoyada en el arrimadero con un periódico en la mano. Se interesaba por todo lo que se hacía en París, y consagraba los domingos á inspeccionar las construcciones nuevas. Interrogaba generalmente al encargado de impedir que el público entrase en el cercado de las obras y se inquietaba cuando las edificaciones sufrían retrasos por falta de material ó de dinero ó por cualquiera otra dificultad con que tropezase el arquitecto. Se le oía decir á veces: «He visto salir el Louvre de sus escombros y he visto nacer la Plaza del Châtelet, el muelle de los Eleurs y los mercados». Él y su hermano, nacidos en Troyes, habían sido enviados á París á estudiar en las oficinas. Su madre se hizo notar por un desarreglo desastroso, pues los dos hermanos tuvieron la pena de saber que moría en el hospital de Troyes, á pesar de los numerosos envíos de fondos que le habían hecho. Entonces, no sólo juraron uno y otro no casarse nunca, sino que tomaron horror á los niños, á los cuales les temían más que á los locos porque les molestaban, y les examinaban con ojos de espanto. Uno y otro habían reventado de trabajo en tiempo de Roberto Lindet, época en que la administración no obró justamente con ellos; bien es verdad que se consideraban felices habiendo conservado la cabeza y sólo se quejaban entre sí de esta ingratitud, pues habían *organizado el máximo*. Cuando se le dió á Phellion la broma de que Rabourdin reformase su famosa frase, Poiret llamó á Phellion aparte en el pasillo, al salir, y le dijo: «Señor, créame usted que me he opuesto con todas mis fuerzas á que se hiciese tal cosa». Desde su llegada á París no había salido nunca de la villa. Desde entonces había empezado un diario de su vida, donde señalaba los acontecimientos más salientes del día; Bruel le había hecho saber que lord Byron hacía lo mismo. Esta semejanza colmó á Poiret de alegría y le movió á comprar las obras de lord Byron, traducción de Chastopalli, en la cual no comprendió nada absolutamente. Se le sorprendía á veces en la oficina en una postura melancólica cual si pensase pro-

fundamente, y en realidad no pensaba en nada. No conocía á ninguno de los inquilinos de su casa y llevaba siempre encima la llave de su domicilio. El día de Año nuevo llevaba las tarjetas en persona á casa de todos los empleados de la división y no hacía nunca visitas. Bixiou tuvo la ocurrencia en un día de canícula de untar con manteca de cerdo el interior de un sombrero viejo que Poiret joven (tenía cincuenta y dos años) conservaba hacía ya nueve años. Bixiou, que no había visto nunca más que aquel sombrero en la cabeza de Poiret, soñaba con él, lo veía al comer, y en beneficio de sus propias digestiones había resuelto desembarazar á las oficinas de aquel inmundo sombrero. Poiret joven salió á eso de las cuatro. Al internarse por las calles de París, donde los rayos del sol reflejados por las aceras y las paredes producen calores tropicales, sintió su cabeza inundada, él que no sufría casi nunca. Creyéndose desde aquel momento enfermo ó á punto de estarlo, en lugar de ir á su fonda, volvió á su casa, sacó de su secreter el dietario de su vida y consignó el hecho de la manera siguiente:

Hoy, 3 de julio de 1823, sorprendido por un sudor extraño, anunciador tal vez de la fiebre miliar, enfermedad propia de Champaña, me dispongo á consultar al doctor Haudry. La invasión del mal ha empezado en el muelle de la Escuela.

De pronto, como se hubiese quitado el sombrero, notó que el pretendido sudor provenía de una causa independiente de su persona. Se enjugó el rostro, examinó el sombrero, pero no pudo descubrir nada, porque no se atrevió á descoser el forro. Anotó, pues, esto en su diario:

Llevado el sombrero á casa del señor Tournan, sombrero de la calle de San Martín, por sospechar que proviene de otra causa este sudor, el cual no sería ya entonces sudor, sino efecto de una adición cualquiera nueva ó recientemente hecha al sombrero.

El señor Tournan notificó casi en el acto á su cliente la presencia de un cuerpo graso obtenido por la destilación de un cerdo ó de una cerda. Al día siguiente, Poiret llevó un sombrero prestado por el señor Tournan mientras esperaba el nuevo; pero no se había acostado sin añadir esta frase á su

diario: *Está comprobado que mi sombrero contenía manteca ó grasa de cerdo.* Este hecho inexplicable ocupó más de quince días la inteligencia de Poiret, el cual no supo nunca como podía haberse producido este fenómeno. Se le habló en la oficina de las lluvias de sapos y de otras aventuras caniculares, y de mil extravagancias de historia natural. Vimeux le dijo que un día su sombrero le había desteñido sobre la cara una substancia negra y que los sombrereros vendían drogas. Poiret fué varias veces á casa del señor Tournan á fin de cerciorarse de sus procedimientos de fabricación.

Había además en la oficina Roubourdin un empleado que se las echaba de valiente, que profesaba ideas avanzadas, y que se sublevaba contra las tiranías de Baudoyer con motivo de los desgraciados esclavos de aquella oficina. Este muchacho, llamado Fleury, estaba suscrito atrevidamente á un periódico de oposición, llevaba un sombrero gris de alas anchas, bandas rojas en sus pantalones azules, chaleco azul con botones dorados y una casaca cruzada como la de un sargento de gendarmes. Aunque inquebrantable en sus principios continuaba empleado en las oficinas, pero predecía un fatal porvenir al gobierno si persistía en entregarse á la religión. Confesaba sus simpatías por Napoleón desde que la muerte del gran hombre hacía caer en desuso las leyes contra los partidarios del usurpador. Fleury, ex capitán de un regimiento en tiempo del emperador; alto, moreno, era acomodador en el circo olímpico. Bixiou no se había permitido nunca hacer una caricatura acerca de Fleury porque este rudo veterano, que tiraba muy bien la pistola y el sable, parecía capaz de cualquier brutalidad en casos dados. Apasionado suscriptor de las *Victorias y Conquistas*, Fleury se negaba á pagar á veces, á pesar de no devolver las entregas, fundándose en que éstas excedían del número anunciado en los prospectos. Adoraba al señor Roubourdin, que había evitado que le destituyesen, y se le había escapado decir que si alguna vez le ocurría algo malo al señor Roubourdin por culpa de alguno, lo mataría. Dutocq temía tanto á Fleury, que le adulaba rastreramente. Fleury plagado de deudas, hacía toda clase de picardías á sus acreedores. Experto en legislación no firmaba nunca letras de cambio y él mismo había presentado protestas cuando trataban de embargarle la paga, negando las deudas que le reclamaban. Liado muy

íntimamente con una corista de la Porte-Saint-Martin, en casa de la cual tenía los muebles, jugaba con suerte al ecarté, y constituía el encanto de las reuniones por su talento: se bebía un vaso de vino de champagne de un trago sin mojarse los labios y se sabía de memoria todas las canciones de Beranger, mostrándose orgulloso de su voz llena y sonora. Sus tres grandes hombres eran Napoleón, Bolívar y Beranger. Foy, Laffitte y Casimiro de la Bigne, sólo contaban con su estimación. Ya habréis adivinado que como hombre meridional debía acabar por ser editor responsable de algún periódico liberal.

Desroys, el hombre misterioso de la división, no se trataba con nadie; hablaba poco y ocultaba tan bien su vida, que se ignoraba su domicilio, sus protectores y sus medios de existencia. Buscando las causas de aquel silencio, los unos tomaron á Desroys por un carbonario y los otros por un orleanista; éstos por un espía, aquéllos por un hombre profundo. Desroys era sencillamente hijo de un convencional que no había votado la muerte. Frio y discreto por temperamento, había juzgado ya al mundo y no contaba más que consigo mismo. Republicano en secreto, admirador de Pablo Luis Courier, amigo de Miguel Chrestien, esperaba del tiempo y de la república el triunfo de sus opiniones en Europa; así es que soñaba con la joven Alemania y la joven Italia. Su corazón se henchía de ese estúpido amor colectivo que es preciso llamar *humanitarismo*, hijo primogénito de la difunta filantropía y que es á la divina caridad católica lo que el sistema es al arte, el razonamiento substituído por la obra. Este concienzudo puritano de la libertad, este apóstol de una imposible igualdad, lamentaba que la miseria le obligase á servir al gobierno y daba continuamente pasos para entrar en alguna administración de diligencias. Alto, seco, fibroso y grave como hombre que se creía algún día llamado á dar su cabeza por la gran obra, vivía de una página de Volney, estudiaba á Saint-Just y se ocupaba de una rehabilitación de Robespierre considerado como el continuador de Jesucristo.

El último de aquellos personajes que merece un pequeño examen es el pequeño la Billardiére. Habiendo perdido por desgracia á su madre, protegido por el ministro, exento de los sofiones de Baudoyer, recibido en todos los salones ministeriales, era odiado por todo el mundo, á causa de su impertinencia y de su fatuidad. Los jefes se mostraban con

él corteses; pero los empleados le habían desterrado de su compañía mediante una cortesía grotesca inventada por él. Guapeton de veintidós años, alto y delgado, con aires de inglés, rebajando á las oficinas con su indumentaria de petimetre, perfumado, rizado, enguantado, con sombreros siempre nuevos y con monóculo, Benjamin de la Billardiére poseía una estupidez encubierta con modales hijos de la imitación, se creía guapo y tenía todos los vicios de la alta sociedad sin tener sus gracias. Seguro de llegar á ser *algo*, pensaba en escribir un libro para tener la cruz como literato é imputarla á sus talentos administrativos. Mimaba, pues, á Bixiou con la intención de explotarle, pero sin que se hubiese atrevido aún á manifestarle su proyecto. Este noble corazón esperaba con impaciencia la muerte de su padre, para heredar un título de barón recientemente concedido; ponía en sus tarjetas *el caballero de la Billardiére* y había expuesto en su gabinete su escudo de armas «*corona de azur con tres estrellas y dos espadas en forma de aspa en fondo sable con esta divisa: POR SIEMPRE FIEL.*» Teniendo la manía de hablar de arte heráldico, había preguntado al joven vizconde de Portenduère por qué estaban tan cargadas sus armas, dando lugar á que éste le contestase: «Yo no me las he mandado hacer». Hablaba de su adhesión á la monarquía y de las bondades de la Delfina para con él. En muy buenas relaciones con Lupeaulx, le creía amigo suyo y almorzaba con él frecuentemente. Bixiou, que le hacía de Mentor, esperaba desembarazar á las oficinas y á Francia de este joven fatuo entregándole á la crápula, y confesaba en voz alta éste su proyecto.

Tales eran las principales variantes de las oficinas la Billardiére, donde había aún algunos otros empleados cuyas costumbres y caras se parecían más ó menos á éstas. Había en las oficinas Baudoyer empleados de cabeza calva, frioleros, cargados de franelas, albergados en quintos pisos donde cultivaban flores, con bastones de espino, viejos trajes raídos y paraguas permanentes. Estas gentes, que fluctúan entre los porteros felices y los obreros desgraciados, están demasiado distantes de los centros administrativos para pensar en un ascenso cualquiera y representan por lo tanto los peones del tablero administrativo. Contentos de estar de guardia para no ir á la oficina, capaces de todo por una gratificación, su existencia es un problema para los mismos que los emplean

y una acusación contra el Estado que da ocasión á tales miserias. Viendo estas extrañas fisonomías es difícil decidir si tales mamíferos con plumas se cretinizan en tal oficio ó si no lo ejercen por ser cretinos de nacimiento. Tal vez la culpa pertenece por igual á la naturaleza y al gobierno. «*Los aldeanos*, ha dicho un desconocido, sufren sin darse cuenta la acción de las circunstancias atmosféricas y de los hechos exteriores. Identificados en cierto modo con la naturaleza en medio de la cual viven, se penetran insensiblemente de las ideas y de los sentimientos que despiertan y los reproducen en sus acciones y en su fisonomía, según su organización y su carácter individual. Amoldados á los objetos que les rodean sin cesar, son el libro más interesante y más verdadero para todo el que se siente atraído hacia esta parte de la fisiología, tan poco conocida y tan fecunda, que explica las relaciones del ser moral con los agentes exteriores de la naturaleza.» Ahora bien, para el empleado la naturaleza son las oficinas, su horizonte está limitado por todas partes con cartones verdes; para él, las circunstancias atmosféricas son el aire de los corredores, las exhalaciones masculinas contenidas en cuartos sin ventiladores y el olor á papeles y á plumas; su terruño es un piso de ladrillo ó de madera salpicado de extraños despojos y humedecido por la regadera del mozo de la oficina, su cielo es el techo á que dirige sus bostezos y su elemento es el polvo. La observación acerca de los aldeanos puede aplicarse á los empleados *identificados* con la naturaleza en medio de la cual viven. Si algunos médicos distinguidos temen la influencia de esta naturaleza sobre el ser moral contenido en estos horribles compartimentos llamados oficinas, donde el sol penetra poco, donde el pensamiento está limitado á ocupaciones semejantes á la del caballo que da vueltas á la noria, que se aburre horriblemente y que muere pronto, Roubourdin tenía razón sobrada para disminuir el número de empleados pidiendo para ellos buenos sueldos é inmensos trabajos. Nunca se aburre nadie haciendo grandes cosas. Ahora bien, tal como están constituidas las oficinas, de las nueve horas que los empleados deben al Estado, pierden cuatro en conversaciones, en relatos, en disputas y sobre todo en intrigas. Es preciso haber frecuentado las oficinas para reconocer hasta qué punto se parece su vida á la de los colegios; bien es verdad que dondequiera que los hombres viven colectivamente, esta semejanza es sorpren-

dente: en el cuartel, en los tribunales, encontraréis el colegio más ó menos agrandado. Todos aquellos empleados sujetos durante sesiones de ocho horas en las oficinas, vean en éstas una especie de clase donde había deberes que cumplir, donde los jefes reemplazaban á los pasantes, donde las gratificaciones eran como premios dados á protegidos, donde se burlaban unos de otros, donde se odiaba y donde existía sin embargo una especie de compañerismo más frío que el del cuartel, el cual no es tampoco menor que el de los colegios. A medida que el hombre avanza en la vida, el egoísmo se desarrolla y desata los lazos secundarios del afecto. Pero en fin ¿no son las oficinas un pequeño mundo con sus extravagancias, sus amistades, sus odios, sus envidias y sus ambiciones, sus frívolas palabras que hacen tanto daño y su incesante espionaje?

En este momento, la división del señor barón de la Billardière era presa de una agitación muy justificada por el acontecimiento que iba á realizarse, pues los jefes de división no mueren todos los días y no hay tontina donde las probabilidades de vida y de muerte se calculen con más sagacidad que en las oficinas. El interés ahoga en los empleados toda piedad como en los niños, aunque aquéllos tienen además la hipocresía.

A eso de las ocho los empleados de las oficinas Baudoyer llegaban á sus puestos, mientras que á las nueve los de Roubourdin apenas empezaban á presentarse, lo cual no era obstáculo para que se hiciesen los trabajos más rápidamente en el negociado de Roubourdin que en el de Baudoyer. Dutocq tenía grandes razones para ir tan temprano. Como hubiese entrado la víspera furtivamente en el despacho en que trabajaba Sebastián, había sorprendido á éste copiando un trabajo para Roubourdin, se había escondido y había visto salir á Sebastián sin papeles. Seguro entonces de encontrar aquella voluminosa minuta y la copia escondidas en un lugar cualquiera, registrando todas las carpetas había acabado por encontrar aquel terrible estado. Se había apresurado á ir á casa del director de un establecimiento autográfico á hacer sacar dos ejemplares de aquel trabajo por medio de una prensa de copiar, y de este modo la poseía de letra misma de Roubourdin. Para no despertar sospechas, se había apresurado á colocar la minuta en la carpeta, siendo el primero en comparecer en la oficina. Retenido hasta las doce de la

noche en la calle de Duphot, Sebastián, á pesar de su diligencia, se vió anticipado por el odio. El odio vivía en la calle de Saint-Honoré, mientras que la fidelidad vivía en la calle del Roi-Doré, en el Marais. Este sencillo retraso pesó sobre toda la vida de Rabourdin. Sebastián abrió la carpeta en cuanto llegó, y como encontrase su copia sin acabar y los demás papeles en orden, se apresuró á cerrarlos en el cajón de su jefe. A fines de diciembre hay á veces poca luz por la mañana en las oficinas, y hasta hay algunas en las que es preciso tener algunas luces encendidas por la mañana. Sebastián no pudo, pues, notar la presión de la piedra en el papel; pero cuando Rabourdin examinó su minuta á eso de las nueve y media, notó tanto mejor el efecto producido por los procedimientos de la autografía, cuanto que él se había ocupado mucho de ellos para saber si las prensas autográficas podían reemplazar á los escribientes. El jefe de la oficina estaba tan sumido en sus reflexiones, que se sentó en su sofá y, cogiendo las tenazas, se puso á arreglar metódicamente el fuego. Después, ansioso por saber en manos de quién estaba su secreto, llamó á Sebastián y le preguntó:

—¿Ha venido alguien antes que usted á la oficina?

—Sí—dijo Sebastián,—el señor Dutocq.

—Bien, no me engañaba. Dígame usted á Antonio que venga.

Demasiado grande para afligir inútilmente á Sebastián reprochándole una desgracia consumada, Rabourdin no le dijo nada más. Antonio se presentó. Rabourdin le preguntó si no se habían quedado la víspera algunos empleados hasta después de las cuatro. El ordenanza le contestó que el señor Dutocq había trabajado hasta más tarde que el señor La Roche. Rabourdin despidió al ordenanza con un movimiento de cabeza y reanudó el curso de sus reflexiones, diciéndose:

—Dos veces que he impedido su destitución y he aquí mi recompensa.

Aquella mañana debía ser para el jefe de negociado como el momento solemne en que los grandes capitanes deciden una batalla, calculando todas las probabilidades de éxito. Conociendo mejor que nadie el espíritu de las oficinas, Rabourdin sabía que no se perdona en éstas, como ocurre en el colegio, en el presidio ó en el cuartel, nada de lo que pueda tener apariencia de delación ó de espionaje. Un hombre capaz de procurar notas acerca de sus compañeros esta

deshonrado, perdido, vilipendiado, y los ministros abandonan en este caso á sus propios instrumentos. Un empleado debe entonces presentar su dimisión y abandonar París, pues su honor está manchado para siempre, resultando inútiles las explicaciones, que nadie exige ni quiere escuchar. En este juego un ministro es un gran hombre, reputado de saber conocer á los hombres; pero un sencillo empleado pasa plaza de espía, cualesquiera que sean los motivos que le hayan obligado á ello. Al mismo tiempo que medía el voceo de estas tonterías, Rabourdin conocía su importancia y se veía anonadado. Más sorprendido que aterrado, buscó el mejor medio de obrar en aquella circunstancia, y por consiguiente se mostró extraño al movimiento de las oficinas, completamente revueltas por la muerte de la Billardiére, de la cual tuvo noticia por el pequeño la Brière, que sabía apreciar el inmenso valor de su jefe.

En la oficina de los Baudoyer, á eso de las diez Bixiou contaba los últimos momentos del director de la división á Minard, Desroys, al señor Godard, á quien había hecho salir de su despacho, y á Dutocq, que había ido á las oficinas de Baudoyer por un doble motivo. Sólo faltaban Colleville y Chanzelle.

BIXIOU, de pie ante la estufa secándose sucesivamente la suela de las botas

Esta mañana, á las siete y media, he ido á saber noticias de nuestro digno y respetable director, caballero del Cristo, etc., etc. ¡Ay, Dios mío! sí, señores, el barón existía aún ayer veinte, *etcétera*; pero hoy no existe ya ni como empleado. He preguntado detalles acerca de la última noche. Su guardianiana, que se rinde y no se muere, me ha dicho que por la mañana, á las cinco, había preguntado por la familia real. Había hecho que le leyesen los nombres de aquellos de nosotros que iban á pedir noticias suyas. Por fin había dicho: «Llene usted mi tabaquera, déme el periódico, tráigame las gafas y cámbieme la cinta de la Legión de honor, que está muy sucia.» Ya sabéis que lleva sus condecoraciones hasta en la cama. Tenía, pues, todo el conocimiento, todo el sentido, todas sus ideas habituales. Pero ¡ay! diez minutos después, el agua había invadido, invadido, invadido el corazón, invadido el pecho, y se sentía morir. En aquel momento fatal probó cuán fuerte era su cerebro

y cuán vasta su inteligencia. ¡Ah! nosotros no le hemos apreciado, nosotros nos burlábamos de él, le considerábamos un zoquete, de lo más zoquete que hay, ¿no es verdad, señor Godard?

GODARD

Yo apreciaba el talento del señor de la Billardiére como podía apreciarlo cualquiera otro.

BIXIOU

Sí, ustedes se comprendían.

GODARD

No era mal hombre; jamás había hecho daño á nadie.

BIXIOU

Es claro, para hacer daño es preciso hacer algo, y él no hacía nada. Bueno, si no es usted el que le había juzgado completamente incapaz, había sido Minard.

MINARD, *encogiéndose de hombros*

¡Yo!

BIXIOU

Bueno, entonces usted, ¿verdad Dutocq? (*Dutocq hace un violento signo negativo.*) Vamos, nadie. Era considerado aquí por todo el mundo como una cabeza hercúlea. Pues bien, tenían ustedes razón. Ha acabado como un hombre de ingenio, de talento, de cabeza, en fin, como un gran genio que era.

DESROIS, *impacientado*

Pero ¡Dios mío! ¿qué ha hecho de grande? ¿Se ha confesado?

BIXIOU

Sí, señor, ha querido recibir los Santos Sacramentos. Pero para recibirlos, ¿sabéis cómo se ha arreglado? Se ha puesto su uniforme de gentilhombre ordinario de la cámara y todas sus condecoraciones, y por fin, se ha hecho empollar; le han atado la trenza con una cinta nueva. Ahora bien, yo digo que sólo un hombre de mucho carácter se

manda hacer la trenza en el momento de su muerte; aquí estamos ocho y ninguno de los ocho se la haría hacer. No es esto todo. Ha dicho, pues ya sabéis que todos los grandes hombres hacen un último *speech* (palabra inglesa que significa *inciso parlamentario*), ha dicho... ¿Cómo ha dicho aquello? ¡Ah! ¡sí! «*Debo engalanarme para recibir al rey del cielo, ya que me he puesto tantas veces de punta en blanco para ir á visitar al rey de la tierra*». He aquí cómo ha acabado el señor de la Billardiére, justificando esta frase de Pitágoras: «No se conoce bien á los hombres más que después de su muerte.»

COLLEVILLE, *entrando*

Por fin, señores, anuncio á ustedes una famosa noticia.

TODOS

La sabemos.

COLLEVILLE

Les desafío á que la digan. Estoy trabajando en ella desde el advenimiento de Su Majestad á los tronos colectivos de Francia y de Navarra. La he acabado esta noche con tanto trabajo, que mi señora me preguntaba lo que me pasaba para estar tan atareado.

DUTOCQ

¿Cree usted que vamos á tener tiempo para ocuparnos de sus anagramas cuando el respetable señor de la Billardiére acaba de espirar?

COLLEVILLE

Reconozco á Bixiou. Vengo de casa del señor de la Billardiére, el cual vivía aún; pero se espera su muerte... (*Godard comprende la burla y se va descontento á su despacho.*) Señores, nunca adivinaríais los acontecimientos que supone el anagrama de esta frase sacramental (*enseña un papel*): *Charles dix, par la grâce de Dieu, roi de France et de Navarre.*

GODARD, *volviendo*

Dígalo usted en seguida y no distraiga á estos señores.

COLLEVILLE, *con aire triunfante, enseñando la parte oculta de la hoja de papel*

A H. V. il cederá
De S. C. I. d. partira.
En nauf errera.
Decedé à Gorix.

¡Todas las letras están! (*Lo repite*). A Henri V cederá (su corona), de Saint-Cloud partirá: en nauf (esquife, barco, falúa, corbeta, todo lo que ustedes quieran, es una antigua palabra francesa), errera...

DUTOCQ

¡Qué serie de absurdos! ¿Cómo quiere usted que el rey ceda la corona á Enrique V, que, según su hipótesis, sería su nieto, cuando hay monseñor el Delfín? ¿Profetiza usted ya la muerte del Delfín?

BIXIOU

¿Y qué es eso de Gorix? ¿El nombre de algún gato?

COLLEVILLE, *picado*

La abreviación lapidaria de un nombre de ciudad, mi querido amigo. La he buscado en Malte-Brun: Goritz, en latín *Goritzia*, situado en Bohemia ó en Hungría, en fin, en Austria...

BIXIOU

Tirol, Provincias Vascongadas ó América del Sud. Debió usted también buscar algún aire para tocar eso en el clarinete.

GODARD, *encogiéndose de hombros y marchándose*

¡Qué estupideces!

COLLEVILLE

¡Estupideces, estupideces! Yo quisiera que usted se tomase el trabajo de estudiar el fatalismo, religión del emperador Napoleón.

GODARD, *picado por el tono de Colleville*

Señor Colleville, Bonaparte puede ser llamado *emperador*

por los historiadores; pero no debe ser reconocido como tal en la oficinas.

BIXIOU, *sonriendo*

Busque usted este anagrama, mi querido amigo. En materia de anagramas, prefiero á su mujer, que es más fácil de encontrar. (*En voz baja*): Flavia, en sus ratos perdidos, debería hacer que le nombrasen á usted jefe de oficina, aunque sólo fuese para librarle de las necesidades de un Godard.

DUTOCQ, *apoyando á Godard*

Si todo eso no fuesen tonterías, usted perdería su destino, pues profetiza acontecimientos poco agradables al rey. Todo buen realista debe presumir que ya ha habido bastante con dos permanencias en el extranjero.

COLLEVILLE

Si me quitasen el destino, Francisco Keller se encargaría de arreglarle las cuentas al ministro. (*Profundo silencio*). Sepa usted, maese Dutocq, que todos los anagramas conocidos se han realizado. Mire, usted no se case, porque se encuentra en su nombre la solución *coqu*.

BIXIOU

Y quedan la d y la t para *detestable*.

DUTOCQ, *sin parecer enfadado*

Prefiero que no sea más que en el nombre.

PAULMIER, *en voz baja á Desroys*

Chúpate esa, Colleville.

DUTOCQ á Colleville

¿Ha hecho usted el de *Xavier Rabourdin, chef de bureau*?

COLLEVILLE

¡Ya lo creo!

BIXIOU, *cortando su pluma*

¿Y qué ha encontrado usted?